

Inke Gunia

El desgaste del discurso oficial de la Revolución mexicana en la literatura de los años 1960 y 1970: México y Alemania

1. México

Para explicar la relevancia del tema de la Revolución mexicana en la literatura mexicana de los años sesenta y setenta deseo regresar a las décadas de los años treinta a cincuenta, en las que se formaba una ideología nacional burguesa. Las posiciones articuladas en este contexto nutrían el discurso oficial del “nacionalismo revolucionario” y formaban el blanco ideológico contra el cual se dirigían las actitudes de muchos literatos mexicanos de los años sesenta y setenta. Puede partirse de la obra filosófica de Samuel Ramos, en particular, de *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicada en 1934. Como discípulo de los ateneístas, ve en la burguesía surgida durante el Porfiriato el fundamento social de sus ideas. Con *El perfil del hombre y la cultura en México* trata de concienciar a sus lectores de que la negación del pasado histórico de México y el rechazo del elemento hispánico, así como de las tradiciones intelectuales del Porfiriato, tienen un efecto autodestructivo. Los complejos de inferioridad sufridos por la sociedad mexicana han promovido un exagerado individualismo, han dañado la solidaridad y, además, han provocado golpes de estado y revoluciones. Ramos aboga por la construcción de una imagen positiva de la nación mexicana. Los cambios deben ser iniciados por una minoría intelectual burguesa y sólo pueden ser efectuados dentro de una sociedad en la que la gran mayoría dispone de una educación media.

El pensamiento de Ramos, gracias también a la mediación del filósofo “transterrado” José Gaos,¹ se convirtió en punto de partida para una serie de análisis del carácter nacional, entre ellos los de Leopoldo

1 Gaos emigró en 1938 de España. Contribuyó a una recepción más amplia de las ideas de Ramos en México (Gaos 1939; 1940^a; 1940b).

Zea, discípulo de Gaos y promotor del Grupo Hiperión.² En 1947 Leopoldo Zea fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y con ello el “Seminario sobre Historia de las Ideas de América”. En 1952 publicó su *Conciencia y posibilidad del mexicano* (1952), dirigió la colección “México y lo mexicano” editada por Porrúa y Obregón y, por otra parte, fundó el “Centro de Estudios sobre el Mexicano”. La filosofía de lo mexicano de Ramos, Gaos y Zea le servía a la burguesía como fundamento para desarrollar una ideología justificativa de las posiciones del poder que había ganado en el campo social en el contexto de la Revolución.³ La Revolución mexicana, según Zea, constituye un acto de justicia histórica, su desarrollo no se debe tanto a conflictos de clases sociales, sino al carácter nacional del mexicano, que requiere integración, que lucha contra la dependencia por su sed de libertad (Dessau 1973: 66). Estas publicaciones surgidas del ámbito académico no caían en saco roto en un tiempo en que Manuel Ávila Camacho (1940-1946) propagaba la “unidad nacional” y la “mexicanidad” como baluartes contra el comunismo y el fascismo.

Para el prestigioso historiador mexicano Ricardo Pérez Montfort (1999: 183) las tendencias unificadoras y homogeneizadoras de los gobiernos de las décadas de los veinte a cincuenta redujeron a estereotipos nacionales la difícil multiplicidad étnica y social del pueblo mexicano para hacerla “más o menos gobernable” y para servir a intereses comerciales. En la década de los cincuenta el discurso oficial del

2 De 1948 hasta 1953 existió el Grupo Hiperión. Sus integrantes, Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez McGregor, Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega y el mismo Zea realizaron ciclos de conferencias sobre temas como “¿Qué es el mexicano?” (1949), “El mexicano y su cultura” (1951), “El mexicano y sus posibilidades” (1952). En 1952 apareció el *Análisis del ser mexicano* de Emilio Uranga en la serie “México y lo mexicano” de la editorial Porrúa & Obregón.

3 “Un episodio importante de este periodo es su acercamiento [el de Zea, I. G.] a la vida política durante el sexenio del presidente Adolfo López Mateos (1958-1964), con su política de desarrollo y sus intentos de democratizar el Partido Revolucionario Institucional, en el cual había ingresado en 1954. Es cuando Zea empieza a colaborar como editorialista de opinión en el diario *Novedades* (1956). En 1958 funda el Instituto de Estudios del PRI y en 1960 se lo designa Director de Relaciones Culturales. Su paso por la política es entusiasta y termina con una marcada desilusión. El aparato del partido se interpone entre sus proyectos y la base popular que exige una auténtica democracia” (Página web dedicada a la biografía de Leopoldo Zea realizada por el Instituto Cervantes: <<http://cvc.cervantes.es/actcult/zea/biografia.htm>> (01.05.2009).

“nacionalismo revolucionario” se había convertido “en lugar común” de la elite burguesa en el poder, que “poco se identificaba con los planteamientos revolucionarios” originales (Pérez Montfort 1999: 178).

El continuo crecimiento económico, la industrialización y, por otra parte, la atmósfera de optimismo con respecto al progreso del país promovidas por el gobierno de Miguel Alemán Valdés (1946-1952) contribuyeron a un cambio de valores, sobre todo en las clases media y alta de los centros urbanos. La preocupación por “lo mexicano” se había desgastado y había sido reemplazada por un creciente interés en participar en lo que hoy llamamos “la cultura global”. En el cuarto tomo de su obra *México. 50 años de Revolución*, el filósofo Emilio Uranga, uno de los integrantes del Grupo Hiperión, resume en 1962 que “el reflejo ideológico más adecuado de las realizaciones de la Revolución Mexicana” fue la definición en la filosofía de un “tipo más humano, de un ser humano con oportunidades para realizar su vida mucho mayores que las que permitía el porfirismo” (Uranga 1962: 524). Este humanismo, a comienzos de los sesenta, lo ve suplantado por otro humanismo “importado de las metrópolis” de las que depende económicamente la burguesía que lo vive: “De ahí el olvido en que hoy ha caído la llamada ‘filosofía de lo mexicano’” (Uranga 1962: 524).

Ahora bien, un detenido examen de la literatura mexicana publicada en las décadas de los sesenta y setenta basada en el tema de la Revolución mexicana revela básicamente dos rasgos característicos: primero, la cantidad de textos en los que la Revolución mexicana es el tema central o uno de los temas principales había disminuido enormemente en comparación con las décadas anteriores, de los veinte a los cincuenta. Y, segundo, dentro de la línea de cuestionamiento de los presupuestos ideológicos de la Revolución mexicana, se nota una clara tendencia hacia el tratamiento satírico del tema. A la gran mayoría de los escritores de la época, en particular los de la contracultura juvenil nacidos a fines de los años treinta y comienzos de los cuarenta, la Revolución mexicana les interesaba como efecto de contraste histórico para su crítica social de las circunstancias actuales. Ante todo los sucesos del 2 de octubre de 1968 exigieron un cuestionamiento de los presupuestos de la Revolución mexicana. Para los escritores que con sus obras formaban parte de la mencionada contracultura juvenil, la Revolución mexicana y todo lo relacionado con el tema de la “mexi-

canidad” se habían estado homogeneizando en un recuerdo folklórico que se relacionaba con el discurso político oficial y la generación de los padres. De modo que debía ser criticado y desmitificado.

En comparación con décadas anteriores y en cuanto al género del ensayo filosófico, político o sociológico, se vio reducido el número de obras que tratan la temática de forma central. La Revolución mexicana aparece mencionada en contextos más amplios, como por ejemplo en el de los acontecimientos político-sociales de los años sesenta, que, a su vez, desencadenan nuevas discusiones sobre la mexicanidad, tema de especial interés para Octavio Paz. En 1970 publica su *Posdata* (1970), en donde prosiguen las reflexiones de *El laberinto de la soledad*. Los acontecimientos recientes, la Olimpiada y la matanza de Tlatelolco (así reza el título del primer ensayo de tres que integran el volumen *Posdata*) forman el punto de partida, el móvil para juzgar la realidad mexicana, dentro de la cual la Revolución mexicana juega un papel protagónico. Para Paz, la Revolución terminó entre 1940 y 1950 (Paz 1970: 49), y descarta además la denominación “Revolución”, porque no es la consecuencia de un desarrollo económico, social, cultural, como es el caso de la Revolución francesa, sino de un “desarrollo insuficiente” (Paz 1970: 12). Después de su triunfo, los mexicanos tuvieron que abordar el problema del desarrollo, cuya resolución trajo consigo el sacrificio de sus principios sociales y políticos (Paz 1970: 94). Desde los años cincuenta el desarrollo y la industrialización representan los objetivos inmediatos del régimen. A diferencia de dictaduras personales e ilimitadas que desembocan en lo que llama la “explosión sangrienta” (Paz 1970: 52), el monopartidismo mexicano ha podido garantizar la paz y la estabilidad. El PRI funciona como una escuela para formar a los dirigentes políticos e institucionaliza además la dictadura limitada e impersonal (Paz 1970: 53). Como la rusa, la Revolución mexicana degenera en un régimen burocrático, paternalista y opresor (Paz 1970: 95). Para Paz es necesario que se reoriente el desarrollo económico dentro de un sistema auténticamente democrático para que pueda cumplir también una función social. En lo que describe como instrumentos del cambio, el movimiento estudiantil desempeña un papel muy importante. Se ha transformado en el vocero del pueblo (Paz 1970: 34), y en su protesta contra el PRI plantea claramente esta alternativa entre la democracia y la dictadura (Paz 1970: 35, 69). Sin embargo, el 2 de octubre de 1968 disipó todas las espe-

ranzas de que el gobierno se independizara del sector privado y promoviera un desarrollo que conlleve la justicia social, y que integre al “México subdesarrollado o marginal” (Paz 1970: 93). Observa que el régimen ha terminado en lo que llama el “monólogo y el mausoleo” (Paz 1970: 31) y va perdiendo su capacidad para “absorber o desviar el descontento” (Paz 1970: 68). *Posdata* no sólo transporta la crítica al régimen político actual en México, sino también la llamada a la crítica y la autocritica del Estado contemporáneo para provocar un cambio en dirección hacia la democracia (Paz 1970: 40, 97).

Cabría mencionar también aquí los ensayos *Fuerte es el silencio*, de Elena Poniatowska que, si bien publicados en 1980, fueron redactados a finales de los setenta. La destacada representante del *New Journalism* ya había reaccionado ante los sucesos sangrientos de Tlatelolco en 1971, al publicar un volumen que reúne los documentos de la historia oral relacionados con *La noche de Tlatelolco*. Sin embargo, por razones de espacio quiero dedicarme ahora a otro volumen de ensayos. Allí, la Revolución mexicana sólo aparece de forma esporádica, pero también en el contexto más amplio de la filosofía de lo mexicano. *La contracultura como protesta. Análisis de un fenómeno juvenil* (1975) es obra del sacerdote católico marxista mexicano Enrique Marroquín. Como otros intelectuales contemporáneos, diagnostica una fuerte tendencia hacia una “desnacionalización” y habla de la “generación derivada”. De ahí que proponga revisar el significado del folclore:

La música “folk” es aquella con la que el pueblo en determinado momento de su historia se siente identificado. Nuestra población urbana joven se siente más próxima al rock que a los mariachis, a John Lennon más que a Agustín Lara o Manzanero (Marroquín 1975: 31).

En otro lugar resume:

En la actualidad, cuando Latinoamérica está redescubriendo su propia identidad, se está dando un resurgir del folclore. En estos momentos de nacionalismo descolonizador en lo político y en lo económico, una buena parte de la población, la más inquieta políticamente, mira hacia el sur más que hacia el norte. Prefiere la música tradicional y recela del rock, proveniente de la cultura dominante. Pero para ser populista no se precisa volver al corrido (Marroquín 1975: 31).

Para no dejarse criticar como manifestante del colonialismo cultural, aboga por un rock auténticamente mexicano y trata de anclar el actual

tema del consumo de la marihuana entre los jóvenes en los tiempos de la Revolución: “aquel intenso movimiento popular” (Marroquín 1975: 32).

En el frente, las soldaderas, las “marías” acompañaban siempre a sus “juanes”. [...] De estos primeros “grifos”, los modernos xipitecas tomarán la mayor parte de su argot, el rito de fumarla, y ese espíritu de comunidad que da toda droga (Marroquín 1975: 32-33).

Para la evaluación del género dramático hay dos estudios monográficos que pueden formar el punto de partida. Uno, publicado en 1982 por el dramaturgo Wilberto Cantón (1925-1979), quien también contribuyó con creaciones literarias propias al teatro relacionado con la Revolución. El segundo fue realizado por Fernando Carlos Vevia Romero en el Departamento de Investigación Científica y Superación Académica de la Universidad de Guadalajara (1991). Gracias a estos estudios se sabe de siete piezas teatrales del lapso temporal en cuestión en las que aparecen referencias a la Revolución mexicana: Luis G. Basurto: *El escándalo de la verdad* (1960),⁴ Federico Schroeder Inclán: *Doroteo* (1960), Wilberto Cantón: *Nosotros somos Dios o La sangre derramada* (1962), Jorge Ibargüengoitia: *El atentado* (redactada entre 1958 y 1962, recibió en 1963 el “Premio Casa de las Américas”, fue estrenada en 1975 y publicada en 1978), Héctor Alejandro Galindo Amezcua: *...Y la mujer hizo al hombre* (1965), llevada también al cine (1974), Elena Garro: *Felipe Ángeles* (1979). Tres de las mencionadas piezas teatrales emplean el motivo de la Revolución mexicana como tema central: *Doroteo* (1960), *Nosotros somos Dios o La sangre derramada* (1962), *El atentado* (1963/1975). En los dramas mencionados la Revolución aparece enfocada bajo distintas perspectivas: desde la perspectiva de los militares (*...Y la mujer hizo al hombre*) en conflicto entre, por un lado, la causa revolucionaria, y, por otro, sus ambiciones personales (*Felipe Ángeles*, nombre del personaje histórico, 1868-1919); desde la perspectiva de los caudillos revolucionarios (*Doroteo*, con referencia a Doroteo Arango, i.e. Pancho Villa); desde la perspectiva de los huertistas y antihuertistas (dramatizado como conflicto generacional en una familia acomodada en *Nosotros somos Dios o La sangre derramada*); con la intención de rechazar un

4 No me ha sido accesible el texto de esta pieza teatral. En lo que sigue me baso en los datos elaborados por Vevia Romero (1991).

gobierno revolucionario que se basa en el monólogo, la violencia y la represión (en parte esto es válido de *Felipe Ángeles*, también de *Nosotros somos Dios o La sangre derramada*); con la intención de denunciar que la Revolución mexicana se ha transformado en lugar común; para denunciar la apropiación de la Revolución mexicana para el provecho personal (*El escándalo de la verdad*); con la intención de fortalecer la creencia en el triunfo de la Revolución (*Nosotros somos Dios o La sangre derramada*); con la intención de glorificar a Pancho Villa (*Doroteo*) o para subrayar que la Revolución deba tener como fundamentos la verdad y la razón (...*Y la mujer hizo al hombre*).

Dentro del género novelesco sabemos de obras como *Detrás del espejo* (1962), de Héctor Raúl Almanza, *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes, *Los relámpagos de agosto. Memorias de un general mexicano* (1965), de Jorge Ibargüengoitia, *La Revolución mexicana. Memorias de un espectador* (1971), de José Fuentes Mares, *Las rojas son las carreteras* (1976), de David Martín del Campo, o *Al cielo par asalto* (1979) de Agustín Ramos. En el campo de la cuentística el motivo de la Revolución mexicana representa el tema central en obras como *El principio del placer* (1972) de José Emilio Pacheco o en *Introducción al estudio del derecho mexicano* (1974) de René Avilés Fabila.

El mundo ficcional creado en *Los relámpagos de agosto*, novela que ganó el Premio “Casa de las Américas” (1964), guarda muchas referencias con el contexto político factual de finales de la década de 1920.⁵ Recordemos que también es el caso en el drama *El atentado* (1963/1975), de Ibargüengoitia. En particular, se trata de la situación política posterior del asesinato del general Obregón, con la fracasada rebelión escobarista del 3 de marzo de 1929 y la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) como instrumento para disciplinar las fuerzas heterogéneas de la elite política. Al final del libro, a más tardar, también el lector más “ignorante” se dará cuenta de la relación entre ficcionalidad y factualidad, puesto que en la “Nota explicativa

5 Como informa María Vargas (2006) a base de un artículo de Guillermo Sheridan, el título de la novela se refiere a los “relámpagos de agosto del Bajío, pueblo de Guanajuato, donde ‘los relámpagos aparecen en distintos puntos cardinales en diferente [sic] meses del año. Esto dio vida a un dicho que se refiere a andar perdido o confundido, igual que los relámpagos’”. Esta desorientación se refiere a los protagonistas militares de la novela.

para los ignorantes en materia de Historia de México” un narrador anónimo explica el papel dominante del ejército mexicano en aquella época.

El libro dirige una mofa cáustica contra los actores en el campo del poder político de aquel tiempo. El modelo narratológico del cual se sirve Ibargüengoitia es el de la autobiografía fingida. Asimismo, los préstamos de la novela picaresca, del *Lazarillo* y del *Buscón* son obvias tal como de las memorias revolucionarias, sean ficcionales o no. El narrador es el general Guadalupe Arroyo. El motivo de su narración reside en que se siente “vilipendiado, vituperado y condenado al ostracismo”, de modo que quiere pulir su imagen dañada por otros durante el proceso revolucionario. Menciona una serie de textos o fuentes contra los que piensa escribir:

las Memorias del Gordo Artajo, las declaraciones que hizo al heraldo de Nuevo León el malagradecido Germán Trenza y sobre todo la nefasta Leyenda que acerca de la Revolución del Veintinueve tejó [...] el desgraciado de Vidal Sánchez (Ibargüengoitia 1968: 9).

El tono burlesco y el blanco de la crítica del libro ya se manifiestan con las primeras palabras del narrador cuando éste se queja del reproche según el cual nunca había “pisado una escuela” y declara que terminó “la Primaria hasta con elogios de los maestros”. La siguiente referencia al hecho de que le habían elegido como Secretario Particular de la Presidencia de la República por sus “méritos personales”, su “refinada educación que siempre causa admiración” (Ibargüengoitia 1968: 11), desenmascara a los funcionarios del Estado como barbajanes, incultos, un tema que volverá a aparecer en el drama *...Y la mujer hizo al hombre* (1965), de Héctor Alejandro Galindo Amezcua. Los fracasos personales relatados por Lupe con franqueza despiadada forman el andamio accional que necesita el autor para espiar todos los rincones del campo político y arrojar el veneno contra los protagonistas del escenario político. Éstos son, en su mayoría, militares de alto rango, que no actúan en pro de la justicia social o de los ideales de la Revolución mexicana tal como lo aparentan, sino que su impulso radica únicamente en la idea de convertir el poder político en provecho material suyo.

—¿Pero quién quiere elecciones libres? [...]

Yo me escandalicé ante tanto descaró y le recordé los postulados sacrosantos de la Revolución.

Él me contestó:

—¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo. Nosotros, los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no elecciones libres (Galindo Amezcua 1965: 37).

En sus esfuerzos por apropiarse del poder, los sirvientes del Estado engañan, roban y matan sin escrúpulos. El hecho de que estén presentados como hazmerreíres, cuyas campañas militares se parecen más a juegos de guerra de niños, subraya el peligro que significa su actuación en el gobierno. Para ganarse las simpatías del pueblo trabajan la retórica del nacionalismo revolucionario y los estereotipos del folclore mexicano. Con ellos, la reforma agraria pasa a ser una confesión de labios, las insignias de la patria degeneran a requisitos para el carnaval, para una mascarada ante el pueblo ignorante:

Juan Valdivia llegó a Vieyra el 23 de abril y en la estación echó un discurso elocuentísimo, prometiéndoles a todos sus simpatizadores Reforma Agraria y Persecución Religiosa, lo que nos costó perder el apoyo del antes mencionado hacendado. El populacho, en cambio, que habíamos llevado allí con muchos trabajos, pagándoles a dos pesos por cabeza, se mostró encantado y casi tuvimos un motín (Galindo Amezcua 1965: 49).⁶

La Revolución mexicana. Memorias de un espectador (1971), de José Fuentes Mares, sugiere ya desde el título una relación intertextual con la novela de Ibargüengoitia y con toda la tradición de la novela de la Revolución mexicana. Ciertamente es que el propio autor marca la ficcionalidad en la “Carta abierta al lector”, al subrayar el carácter fictivo de la instancia del narrador homodieético:

Entre los muchos problemas que llegué a plantearme con motivo de este libro uno, sobre todo, me dejó sin dormir noches enteras, y ese fue el de responder a la pregunta de si uno mismo puede llegar a convertirse en ser imaginario. Mas ya que tienes el libro en las manos, y aun es posible que tengas la audacia de leerlo, verás que doy a la tal pregunta una respuesta afirmativa, pues estoy convencido de que nadie puede regatear a nadie el derecho tan legítimo, de escoger cuándo y dónde sin más ley que su capricho (Fuentes Mares 1986: 13).

Sin embargo, aparte de este capricho narratológico, la novela dedicada al periodista y entonces director del *Excelsior*, Julio Scherer García, puede ser leída como un libro de historia, un poco al estilo de la *Tra-*

6 Asimismo, Juan Valdivia en traje de charro (Galindo Amezcua 1965: 67).

gicomedia mexicana (1990/1992/1998) de José Agustín. En un tono a veces conversacional, irónico-humorístico reconstruye los sucesos que constituyen la Revolución mexicana desde el estallido de las luchas en 1910 hasta 1965, o sea que, a pesar de no ser publicado el libro hasta 1971, y la bibliografía de las fuentes históricas al final del libro incluyendo monografías publicadas en 1969, calla el 2 de octubre de 1968. El balance al final de la obra constata que la Revolución mexicana “encontró la manera de producir sus propios anticuerpos” (Fuentes Mares 1986: 193), lo que acarrea estabilidad social, económica y política durante décadas. Han contribuido a este efecto la escasa profundidad doctrinal del PRI y la formación de lo que llama “una fina sensibilidad” de los políticos mexicanos “en diaria consulta con la experiencia” (Fuentes Mares 1986: 193). Hoy día, o sea, en 1965, la estabilidad ha devenido en algo muy frágil, una observación que confirmaría Paz en *Posdata* (1970). El narrador denuncia la creciente burocratización del sistema político, que corre paralela a la corrupción y entraña el peligro de que los políticos dejen las “responsabilidades en manos de oficinistas” (Fuentes Mares 1986: 194). Otro defecto detectado constituye lo que llama el “bovarismo” de los dirigentes, que se resisten a enfrentarse a los males de la realidad y se construyen una versión propia de la realidad: “Como si los astrónomos ignoraran la cara oscura de la luna por el hecho de no verla al mismo tiempo que la cara iluminada” (Fuentes Mares 1986: 194). Ante esta situación, el narrador ve crecer en el pueblo la conciencia del engaño gubernamental y con ello la posibilidad de un cambio político que, según su opinión, puede desencadenarse con mucha probabilidad entre la clase media del norte:

La mentira no vale como verdad a fuerza de propalarse, y tampoco el derroche de grandes palabras sirve para negar la diaria comprobación de los hechos evidentes [...]. El hilo fino que aún sustenta nuestra estabilidad puede romperse, y el rompimiento puede llegar a producirse en el norte, como en 1910. En el norte late ya el riesgo creciente de la clase media, cuya insurgencia podría arrastrar a los obreros y campesinos (Fuentes Mares 1986: 195).

La Revolución como un suceso que forma parte de un pasado entonces muy remoto es la imagen que transportan aquellos textos que están narrados desde la perspectiva de un adolescente. *El principio del placer* es el título de un relato que forma parte de un volumen de cuentos

homónimos (1972) de José Emilio Pacheco. Se trata de un diario ficticio de un adolescente, Gabriel, que le confiesa al libro sus pensamientos más íntimos. Un día escribe sobre las noticias regionales de unos campesinos que se niegan a desocupar sus tierras para la construcción de otra presa del sistema hidroeléctrico. En este contexto, menciona lo poco que sabe sobre su padre, que debe intervenir en el conflicto y —por lo que sugiere el texto— debe ser un militar de alto rango. Jorge casi no habla con su padre, pero un día éste menciona su pasado revolucionario: “[...] una vez me contó que era muy pobre y se metió a la Revolución hace como mil años, cuando tenía más o menos mi edad” (Pacheco 1972: 23). En otro pasaje el joven relata un suceso que vivió al volver de la escuela y que le impresionó enormemente. Por primera vez vio a un hombre muerto a tiros por su esposa y asocia estas imágenes con lo poco que sabe del pasado revolucionario de su padre: “No sé cómo le habrá hecho mi papá en la Revolución, aunque me contaba que al poco tiempo de andar en eso uno se acostumbra a ver muertos” (Pacheco 1972: 17-18). Jorge también revela al diario la historia de su primer amor con una chica de clase baja, quien no es aceptada por su familia debido a su origen humilde. Jorge compara el trabajo del padre de Ana Luisa, vendedor ambulante de remedios contra todo tipo de dolores, con el de su padre y llega a la amarga conclusión: “[...] debería avergonzarme de mi padre que se ha ganado la vida matando gente” (Pacheco 1972: 37).

La Revolución, así se desprende de estos textos, se ha transformado en un suceso histórico y sólo sobrevive como recuerdo de la generación de los padres: “hace mil años”, así el comentario de Jorge. Las fórmulas reiterativas del discurso oficial han perdido su relevancia porque no se ha podido cumplir con las metas propuestas. “Si en México la mayoría de la gente es tan pobre ¿de dónde sacarán, cómo le harán algunos para robar en tales cantidades?”, se pregunta Jorge al saber de una amiga de sus hermanas que va estudiar en Suiza y un compañero suyo cuyo padre “se hizo millonario que está por acabar” y el cual internará a su hijo en una academia militar de Illinois (Pacheco 1972: 55).

La actitud irreverente frente a la autoridad estatal que ha perdido completamente su credibilidad es el tema de *Introducción al derecho mexicano* (1974), de René Avilés Fabila. El narrador homodiegético informa en tono conversacional sobre un pleito callejero en el cual se

destroza un teléfono público y que termina en la cárcel (“un vulgar pleito callejero, como los que ocurren a todas horas en México, donde el machismo es la línea”, Avilés Fabila 1974: 77). La historia narrada pretende ser contemporánea a la realidad factual de principios de los años setenta y alude al clima de la violencia que reinaba en México después de las huelgas de obreros, manifestaciones estudiantiles, la matanza de Tlatelolco (1968) y las campañas de prensa que infamaron la imagen de la juventud, en particular del estudiantado. En el relato ficcional, la patrulla de la policía sorprende a los jóvenes y los detiene “por robo, ataques y agresiones, destrucción de propiedad federal, daños a terceros, insultos a las autoridades”; “Con esto les darán unos añitos de condena y seremos inflexibles, enemigos de la sociedad, parásitos” (Avilés Fabila 1974: 77). Los jóvenes se burlan de los agentes del orden, pero al final los dejan salir mediante la suma de 10.000 pesos, acto que subraya otra de las enfermedades del sistema político: la corrupción. En la despedida los policías repiten la letanía del servicio del buen ciudadano por la patria:

A ver jóvenes. Espero que esta situación no se repita. Ustedes son decentes y honorables, a leguas se nota, piensen en Dios y en la familia. Es mejor que trabajen infatigables por la patria, por la sociedad. La interrumpí antes de que nos ofreciera credenciales del abominable PRI (Avilés Fabila 1974: 80).

En la lírica pueden citarse algunos de los textos que integran *Mediodía* (1975), de Parménides García Saldaña. Para el joven autor, que reúne a los 31 años sus textos en el mencionado volumen, la Revolución mexicana también representa un suceso histórico muy distante de la actualidad mexicana de los años 1960 y 1970. Se trata de una obra difícil de clasificar genéricamente. Tiene la forma de un guión para un programa de música rock en la radio protagonizado por un grupo de rock que lleva el expresivo nombre “Los Herederos de la Transa”. Los textos transportan un tono de desilusión y resignación respecto a las formas de vida que antes de la fecha traumática del 2 de octubre de 1968 se habían propagado como las únicas alternativas a la realidad hostil y destructora. Se han perdido las perspectivas y esperanzas de un futuro mejor, de modo que las referencias a la Revolución mexicana se interpretan como puro sarcasmo. Es así como en el texto titulado “Esa negra mora”, que canta sobre una chica que “da el amor/ a todos, sin pedirles nada, sin quitarles nada” y que el hablante, uno de los

miembros de los “Los Herederos de la Transa”, elogia añadiendo “en los tiempos postrevolucionarios”. Termina la canción con una estrofa de “La Cucaracha” cantada por el coro de las “nenas”.

En “Recordando los viejos tiempos”, un “Rock ranchero”, el yo lírico recuerda los años del movimiento insurreccional de la juventud bajo el pendón de Stalin, Mao y Lenin en pro de “justicia, libertad, verdad”. Cita al líder agrario Rubén Jaramillo, “discípulo de Emiliano Zapata”, que fue asesinado junto con su familia en 1962:

Y quise dedicarme a la revolución
y fui miembro del Movimiento
de Liberación Nacional
y participé en manifestaciones;
pero la gente tuvo miedo,
la gente no quiso seguir;
los líderes más radicales,
se volvieron oradores
del partido del Poder
(García Saldaña 1975: 78-79).

En “Yo sólo estoy en el pavimento...” un yo lírico, tirado sobre el pavimento, describe la vida en la gran ciudad que aparece habitada de gente que, infatigablemente, está “buscando donde la vida empezó a fallar”. En la ciudad reinan la hipocresía, las intrigas, la ambición de poder de la gente, el interés personal, y cita a una noble, “La Condesa”, que en su casa suele comentarles a otras damas sobre su pasado:

Ella, noche a noche comenta
a las damas invitadas a su hogar
que la Hacienda que tenían los que la incendiaron
ya renovada y adaptada a la idiosincrasia nacional
habitan ahí desde que la revolución triunfó
(García Saldaña 1975: 99-100).

Este yo lírico también ve a la gente reír al escuchar la retórica del gobierno:

[...] defenderemos los postulados de la revolución
mexicana. Los defenderemos siempre. Defenderemos
los sagrados postulados de libertad y justicia social
que nuestros antepasados nos han heredado
(García Saldaña 1975: 99).

En otro texto la actitud irreverente se articula por parte de un hablante que actúa de guía de turistas y que al hablar del pasado mexicano caricaturiza a sus protagonistas:

[...] la CIA que es toda la burguesía desde los tiempos de notables y científicos a los lados de Perfidio Díaz & Frieds [sic] que fue el dictador que la Revolución Mexicana derrocó, damas y caballeros, turistas from across the river [...] (García Saldaña 1975: 111).

2. Alemania

Pasamos ahora a la imagen de México y la Revolución mexicana en los debates de los intelectuales políticos alemanes de las décadas del sesenta y setenta.

El 27 de enero de 1966 se estrenó en el “Zoo-Palast” de Berlín Oeste la película *Viva María!* dirigida por Louis Malle (*Lexikon des Internationalen Films* 1990: t. VIII). La película pertenece al género de la comedia y está protagonizada por dos artistas de *striptease* de un circo ambulante que se comprometen con la Revolución mexicana: la una, anarquista irlandesa interpretada por Brigitte Bardot, la otra, una marxista francesa, interpretada por Jeanne Moreau. El 29 de enero, un grupo de estudiantes, entre ellos Rudi Dutschke y Dieter Kunzelmann, fue a Berlín a ver la película. Estos hombres estaban comprometidos con la organización de estudiantes SDS (Unión Socialista Alemana de Estudiantes) y, por otra parte, estudiaban la obra de Ernst Bloch y la Teoría Crítica neo-marxista de la así llamada “Escuela de Francfort”,⁷ así como las obras de, por ejemplo, Theodor W. Adorno, Max Horkheimer o Herbert Marcuse. Los miembros de la SDS luchaban por una sociedad anti-autoritaria y radical-democrática. En sus memorias de los años de la “Kommune I” (“La Comuna I”), Ulrich Enzensberger (2004: 60) nos informa sobre el impacto que tuvo la película entre los jóvenes intelectuales alemanes, quienes se mostraron entusiasmados con la idea de la combinación entre lucha política y diversión, y fundaron el grupo “Viva Maria” que quería distanciarse de los “marxistas con corbata” y los consejeros sindicalistas de la SDS en Berlín.

⁷ “Frankfurter Schule”, un grupo de intelectuales que pertenecían o se movían en el ámbito del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Francfort del Meno.

Dutschke vio la película por lo menos cuatro veces, y Kunzelmann afirma:

La película constituyó para todos nosotros la confirmación de que, desde las metrópolis, debíamos apoyar dentro de nuestras posibilidades y con todos los medios disponibles a los movimientos guerrilleros de los países del Tercer Mundo (Enzensberger 2004: 60).⁸

En un artículo sobre la relación entre *Viva María!* de Malle y los comienzos del movimiento estudiantil del 68 en Alemania, Paco Prückner explica la recepción positiva de la película por la juventud alemana. En aquellos años, Latinoamérica, y en particular la Revolución cubana, representaba uno de los complejos temáticos de la izquierda europea. La dirección de la marcha, el futuro, se veía en la clase de los trabajadores y campesinos. Asimismo, en la película se proclama la descomposición de las viejas estructuras sociales (por ejemplo, la rebelión contra la imagen burguesa de la mujer) y políticas, una idea que cuadraba con el espíritu rebelde de la época. Además, la ya mencionada combinación entre diversión y violencia agradaba a una minoría de los jóvenes intelectuales de la SDS. Con motivo de las últimas noticias de la guerra de Vietnam, algunos estudiantes dejaron la actitud principalmente pacifista (recuérdense las acciones de fijar carteles contra la política exterior del gobierno alemán en Munich y Berlín) (Prückner). El entonces miembro de la junta directiva nacional de la SDS, Bernd Rabehl, menciona también en un artículo publicado en 1968⁹ la fusión de dos tendencias de la lucha revolucionaria, el anarquismo y el marxismo, encarnadas por Brigitte Bardot y Jeanne Moreau (Rabehl 1968: 86), lo cual contribuyó a la acogida positiva de la película. Eran estas dos tendencias las que habían provocado una separación entre los miembros de la SDS (Rabehl 1968: 86). La banda sonora de la película se transformó en el signo distintivo en el contexto de detenciones o manifestaciones. Del grupo “Viva Maria” surgió un año más tarde la famosa Comuna 1, la primera comunidad de inquilinos con intereses socio-políticos.

8 “Der Film war für uns eine Bestätigung, daß wir in jeder Weise die Guerilla-Bewegung in den Ländern der Dritten Welt unterstützen müssen mit unseren Möglichkeiten und Mitteln von den Metropolen aus” (Enzensberger 2004: 60).

9 El artículo apareció enmarcado por un ensayo sobre el comunismo marxista (“Kommunismus. Marx. Verlorene Söhne”, pp. 78-94).

Poco antes de la Olimpiada de 1968 en México, precisamente el 8 de enero de 1968, la revista alemana de tendencia izquierdista *Der Spiegel* publicó un ensayo político sobre México (“Mexiko. Das Gesetz der Mestizen”, Kogelfranz 1968) que provocó serias críticas entre algunos mexicanos preocupados por la imagen de su patria en el extranjero. El diputado mexicano Guillermo Morfín calificó al autor de este artículo, Siegfried Kogelfranz (*1934), como “un engendro asqueroso del neofascismo”, y para el historiador Alberto Morales Jiménez, Kogelfranz “es, sin duda, uno de los sobrevivientes ruïnados del régimen de Hitler”. El entonces canciller alemán, el conservador Ludwig Erhard, tuvo que calmar las ondas de la agitación durante su visita en México. Aclaró: “La revista *Der Spiegel* suele interpretar negativamente todo lo positivo y bueno en una nación” (Anónimo: 1968a). Kogelfranz empieza su ensayo con una comparación muy polémica de los Juegos Olímpicos bajo el régimen de Hitler en 1936 y los Juegos de Tokio en 1964, que coronaron el renacimiento del país de sus cenizas y borrarón la vergüenza de la guerra y de la capitulación, con los Juegos de México. Sin embargo, los laureles no los esperarían los equipos, sino el país, así argumentaba el autor alemán. Sigue con un balance que presenta a México como un país en que la conquista española, las dictaduras y los veinte años de Revolución han sembrado y cultivado violencia y brutalidad. Psicológicamente hablando —aquí Kogelfranz cita al mexicanista estadounidense Frank Tannenbaum— el mexicano tiene una actitud patológica frente a la vida. Imprevisibles actos de violencia, violaciones de derechos o muertes repentinas pesan sobre la vida del mexicano. Cada novedad en la historia mexicana termina en una catástrofe, así sucedió también con la Revolución mexicana en la cual Pancho Villa y otros degollaron a millones de hombres. La mayoría de los mexicanos se han puesto de acuerdo con respecto a la Revolución: nunca más una revolución sean cuales sean las metas o ideales. Este es el consenso que mantiene unida la nación. De modo que el trauma es la base de la estabilidad actual, y lo que el autor llama la “ley del mestizaje”, la unión de los contrarios, de lo inconciliable. Menciono sólo un ejemplo de las paradojas del sistema político que enumera Kogelfranz: según la Constitución de 1917, México profesa el socialismo, teóricamente, pero practica el capitalismo. La institución que posibilita y tolera estas paradojas es el PRI, que, cumpliendo con la ley del mestizaje, es una coalición de grupos

políticos diferentes que debe evitar la lucha por el poder entre las distintas fuerzas.

La masacre de Tlatelolco y los Juegos Olímpicos acrecentaron el interés en México por parte del campo literario alemán. En los ensayos políticos, la imagen de la Revolución mexicana como primera revolución socialista sirve como contraste con las fuertes medidas de represión efectuadas contra los movimientos estudiantiles calificados como “las revueltas más vehementes de la historia mexicana reciente” (Anónimo 1968b; Anónimo 1970). Se hace mención del monopartidismo y de los poderes casi absolutistas de sus presidentes. El autor de un artículo titulado de modo provocador “México conocerlo y amarlo” con el subtítulo intercalado que dice “prisioneros” y la foto de manifestantes con la cara contra la pared, lamenta que México, 59 años después de la Revolución, sufre de arteriosclerosis.

En un tono de fuerte sarcasmo, la Revolución mexicana es citada en el número 35 (Anónimo 1972a) de la revista. Esta vez, con referencia al machismo mexicano, que –según el autor alemán– encarnaba Zapata. El héroe revolucionario nunca se quitó las armas, amó los caballos rápidos, los gallos de pelea, a las mujeres bellas, los naipes y bebidas picantes. Se entregó al vicio con 22 mujeres. Cada mexicano se presenta como “muy macho”. Sin embargo, el presidente Echeverría decretó una ley para el control más rígido de las armas y presentó un programa para el control de natalidad, dirigido, sobre todo, a los machos jóvenes de los barrios pobres. El machismo se articula en relaciones poligámicas que pueden encontrarse desde las clases más bajas a las más altas. El machismo, nutrido por los héroes revolucionarios, es un fenómeno que el autor, apoyándose en citas de Octavio Paz y de la obra del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, relaciona con la violencia. México muestra las cifras más altas de criminalidad. El artículo defiende la idea según la cual la Revolución mexicana y sus héroes son responsables de ciertas formas de conducta transmitidas por varias generaciones hasta el presente y que resultan perjudiciales para la convivencia social. Concretamente, un machismo al cual es inherente la violencia.

En el número 51 (Anónimo 1972b), *Der Spiegel* informa sobre la visita de Salvador Allende a la Ciudad de México y recurre a una imagen del contexto revolucionario: durante 66 horas la gente se sentía en las calles de la Ciudad de México como otrora se habrán sentido

sus abuelos cuando Emiliano Zapata y Pancho Villa entraron a la capital. Allende también es un revolucionario, agrega el autor, si bien un revolucionario pacífico, fue saludado con un “¡Viva la Revolución!” por los mexicanos. El recuerdo de los orígenes de la Revolución, claro está, le sirve al autor de contraste con la situación actual. La presencia de Allende –así el autor– suscitó el mismo efecto que un chubasco que llena el lecho desecado de un río. Explica que se trata de una visita a la patria de la primera revolución socialista en el continente, sólo que desde hace más que una generación el impulso revolucionario ha sido rezumado por la corrupción y las ideas libertadoras se han cuajado en un sistema autoritario. La décima parte de los miembros de las clases pudientes se ha apropiado de más de la mitad de los ingresos nacionales; la cuarta parte de los mexicanos aptos para el trabajo no tiene un trabajo o no le alcanza para sobrevivir; el 70% de todos los niños mexicanos sufre de las consecuencias de la desnutrición. La protesta de estudiantes y grupos guerrilleros de campesinos desesperados contra la omnipotencia del PRI fue reprimida. El presidente Echeverría trata de independizarse económicamente de los EE.UU. y va en busca de nuevos mercados en Japón, Europa y el Tercer Mundo, y anuncia la reducción de facilidades de inversión para extranjeros. El artículo cierra con una referencia a la crítica de la derecha contra la política de Echeverría, una crítica que se articuló por medio de páginas enteras de anuncios en los que le desean suerte al pueblo chileno en su lucha contra el socialismo teñido de comunismo.

Bajo el título “Kunst: Marx en la pared”, *Der Spiegel* comenta el 18 de noviembre de 1974 una exposición sobre el arte de la Revolución mexicana en el castillo de Charlottenburgo en Berlín Oeste (Anónimo 1974). La exposición estuvo organizada por la *Neue Gesellschaft für bildende Kunst* (Nueva Sociedad para el Arte Visual), clasificada por el autor como la falange de la izquierda en el campo cultural de la ciudad partida en dos. Asimismo, subraya que el arte de la Revolución mexicana goza de fama mundial, pero es conocido sólo fragmentariamente. En la ocasión fueron expuestas fotografías de los murales de la Revolución mexicana sacadas por una delegación de miembros de la sociedad alemana, así como obras de arte gráfico, es decir, ilustraciones que aparecieron en revistas, hojas volantes y carteles. En este contexto se hacen referencias a las sátiras de calavera de José Guadalupe Posada, el periódico “El Machete” o los trabajos del Taller de Gráfica

Popular (TGP). El autor menciona además a Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros como representantes de un realismo alegóricamente elevado que agita contra la guerra, contra el clero y la colonización, y contra el lujo de la burguesía. Los artistas provocaron en un país en que de facto gobierna un partido sólo nominalmente revolucionario. El gobierno toleraba e incluso protegía a los muralistas. A Rivera se le permitían sus ataques contra las debilidades de la Revolución mexicana en el Palacio Nacional, pero en el aeropuerto se destruyeron las pinturas de Juan O’Gorman porque muchos de los retratos de los malvados tenían semejanzas con jefes de gobierno de Estados aliados y aparecieron citas “inmorales”, esto es, del manifiesto comunista. Recientemente se le permitía a O’Gorman pintar el régimen de terror de Porfirio Díaz en el Museo Nacional de Historia y Siqueiros, a quien habían tomado preso varias veces en el pasado, podía pintar un muro de un hotel. El autor finalmente elogia estas obras de arte que hacen sombra al realismo socialista de los países del Pacto de Varsovia. ¿Cuáles son las lecciones que le servirán al visitante de esta exposición respecto a un arte progresista en nuestro país? Según los autores del catálogo de la exposición, esta pregunta la tiene que contestar el visitante.

Cierro mi exposición con tres artículos más de la revista *Der Spiegel*. Estos tratan los temas de la expropiación de latifundistas, la reducción del poder de la Iglesia y el comportamiento anti-constitucional de la policía. El primero, del 6 de diciembre de 1976, informa sobre las ocupaciones de tierra en el vasto área de agricultura del Valle del Yaqui (Sonora) por 25.000 campesinos armados. El autor ve aquí a los fantasmas de Pancho Villa y Emiliano Zapata que resucitaron 60 años después de la “sangrienta revolución campesina” (Anónimo 1976). También habla de la primera revolución socialista del continente americano, que desembocó en corrupción y un sistema autoritario. Esta vez, el gobierno de Echeverría actuó en pro de los campesinos: expropiando a 74 latifundistas y repartiendo alrededor de 100.000 hectáreas de tierra a 8.000 campesinos. El trabajo del nuevo presidente José López Portillo, según el autor, es el más duro en los 47 años de la historia del régimen monopartidista del PRI. En primer lugar, debe impedir que la clase alta transfiera su capital al extranjero y atraer a inversionistas extranjeros. El periodista alemán describe al cesado presidente Echeverría como un hombre que se esforzó por

reavivar los antiguos ideales de la Revolución mexicana. Quería aflojar las riendas de la dependencia económica de los Estados Unidos y contrajo relaciones diplomáticas con 65 Estados para evitar la dominancia de superpotencias sobre las pequeñas naciones. Para este efecto, México introdujo en la ONU la carta de las obligaciones y los derechos económicos de los Estados. El autor menciona además la creación del SELA (Sistema Económico Latinoamericano), la realización de un programa ambicioso de infraestructura y el decreto de leyes en el marco de una reforma agraria. Los propietarios de las tierras, con frecuencia se trataba de antiguos generales, gobernadores, diputados y senadores del PRI, sabían que sus propiedades violaban la ley, pero confiaban en su influencia política hasta que Echeverría decretara la expropiación. El corresponsal agrega que Echeverría había solicitado la candidatura al puesto del Secretario General de la ONU, pero sus enemigos políticos lo hicieron caer en descrédito.

El artículo del 29 de enero de 1979 (Anónimo 1979a) trata de la primera visita al extranjero del Papa Juan Pablo II. Ésta iba a llevarle a México, a la junta de los obispos latinoamericanos. El autor describe la situación particular de la Iglesia en México, donde no tiene propiedades y debe alquilar sus templos del Estado. A los curas, sea cual fuera la clase a la que pertenecen, no les es permitido criticar el poder estatal ni desde el púlpito ni en privado. Además, menciona la Constitución mexicana formulada en 1917, después de lo que llama “el triunfo de la primera revolución campesina en aquella parte del mundo”. En los tiempos de la Revolución mexicana la Iglesia estaba íntimamente hermanada con los ricos y fue uno de los más grandes latifundistas en el Estado. Además, había bendecido el movimiento contrarrevolucionario de los Cristeros. La Iglesia bendecía al explotador y engañaba a los explotados.

El 5 de marzo de 1979 se comenta la relación entre la policía y la población mexicana. El autor critica el comportamiento anti-constitucional de la policía mexicana y menciona la Revolución mexicana. La describe como la primera revolución de los pobres subyugados contra los señores feudales en Latinoamérica. A diferencia de su colega del artículo anterior, se expresa con reservas respecto al desenlace de la Revolución. Dice que alcanzó un “éxito regular”. La subyugación de los débiles por los fuertes es un rasgo característico de la sociedad mexicana. Y sigue una cita de Octavio Paz: “Para el mexicano sólo

hay dos posibilidades en la vida, o emplea la violencia contra otros o sufre de la violencia” (Anónimo 1979b).

Bibliografía

- Anónimo (1968a): “Hausmitteilung”. En: *Der Spiegel*, 15, p. 5.
- (1968b): “Mexiko. Unruhen. Größte Fiesta”. En: *Der Spiegel*, 40, pp. 114-117.
- (1970): “Mexiko: Häftlinge. Leben und lieben”. En: *Der Spiegel*, 5, p. 105.
- (1972a): “Mexiko: Grausames Spiel”. En: *Der Spiegel*, 35, pp. 91-92.
- (1972b): “Mexiko: Gemeinsame Sprache”. En: *Der Spiegel*, 51, pp. 87-90.
- (1974): “Kunst: Marx en la pared”. En: *Der Spiegel*, 47, pp. 171-173.
- (1976): “Mexiko: Eine Zeitbombe vor der Explosion?”. En: *Der Spiegel*, 50, pp. 128-130.
- (1979a): “Papst in Puebla: ‘Ihr Bischöfe, steigt herab’”. En: *Der Spiegel*, 5, pp. 96-100.
- (1979b): “Mexiko: Geißel des Volkes. Polizisten verletzen systematisch die Verfassung ihres Landes”. En: *Der Spiegel*, 10, p. 155.
- Avilés Fabila, René (1974): “Introducción al derecho mexicano”. En: Agustín, José/ Avilés Fabila, René/Torre, Gerardo de la: *De los tres ninguno*. México, D.F.: Federación Editorial Mexicana, pp. 67-80.
- Cantón, Wilberto ([1966] 1962): *Nosotros somos Dios o La sangre derramada: pieza en 2 actos*. Ed. por Samuel Trifilo y Luis Soto-Ruiz. New York/London: Harper & Row.
- (ed.) (1982): *Teatro de la Revolución mexicana*. Selección, introducción general, situación histórica y estudios biobibliográficos de Wilberto Cantón. México, D.F.: Aguilar.
- Dessau, Adalbert (1973): *La novela de la Revolución mexicana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Enzensberger, Ulrich (2004): *Die Jahre der Kommune I. Berlin 1967-1969*. Köln: Kiepenheuer & Witsch.
- Fuentes Mares, José (1986): *La Revolución mexicana. Memorias de un espectador*. México, D.F./Barcelona/Buenos Aires: Grijalbo.
- Galindo Amezcua, Héctor Alejandro (1965): *...Y la mujer hizo al hombre; pieza en tres actos divididos en seis cuadros*. México, D.F.: Ecuador 0° 0' 0".
- Gaos, José (1939): *De la filosofía en México* (Letras de México), 2, 1.
- (1940a): “Reseña de *Hacia un nuevo humanismo*, de Ramos”. En: *Letras de México*, 2, 20, pp. 1-2, 8.
- (1940b): “Reseña de *Hacia un nuevo humanismo*, de Ramos”. En: *Noticiero Bibliográfico*, 1, 25, pp. 1-8.
- García Saldaña, Parménides (1975): *Mediodía*. México, D.F.: Joaquín Mortiz.
- Garro, Elena (1979): *Felipe Ángeles*. México, D.F.: UNAM.

- Ibargüengoitia, Jorge (³1968): *Los relámpagos de agosto*. México, D.F.: Joaquín Mortiz.
- (1978): *El atentado*. México, D.F.: Joaquín Mortiz.
- “Instituto Cervantes: Página dedicada a Leopoldo Zea”. En: <<http://cvc.cervantes.es/actcult/zea/biografia.htm>> (01.05.2009).
- Kogelfranz, Siegfried (1968): “Mexiko. Das Gesetz der Mestizen”. En: *Der Spiegel*, 2, pp. 45-57.
- Lexikon des Internationalen Films* (1990). Editado por Katholisches Institut für Medieninformation e.V./Katholische Filmkommission für Deutschland. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt.
- Marroquín, Enrique (1975): *La contracultura como protesta. Análisis de un fenómeno juvenil*. México, D.F.: Joaquín Mortiz.
- Pacheco, José Emilio (1972): “El principio del placer”. En: *El principio del placer*. México, D.F.: Joaquín Mortiz, pp. 9-66.
- Paz, Octavio ([1983] 1970): *Posdata*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Pérez Montfort, Ricardo (1999): “Un nacionalismo sin nación aparente. (La fabricación de lo ‘típico’ mexicano 1920-1950)”. En: *Política y Cultura*, 12, pp. 177-193.
- Poniatowska, Elena (1980): *Fuerte es el silencio*. México, D.F.: Era.
- Prückner, Paco: “Die lustvolle Revolution. ‘Viva Maria’ – eine Revolutionskomödie und die Anfänge der deutschen 68er-Bewegung”. En: *Schnitt* <<http://www.schnitt.de/213,1084,01>>, (05.09.2008).
- Rabehl, Bernd (1968): “Karl Marx und der SDS”. En: *Der Spiegel*, 18, p. 86.
- Ramos, Samuel ([1951] 1934): *El perfil del hombre y la cultura en México*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Uranga, Emilio (1962): “LXVI. El pensamiento filosófico”. En: Torres Bodet, Jaime et al.: *México. 50 años de Revolución*. Tomo 4: *La Cultura*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 523-555.
- Vargas, María (2006): “*Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia”. En: *La Tatuana. Revista de literatura – cultura – arte latinoamericano y peninsular*, 3 (<<http://bama.ua.edu/~tatuana/numero3/chilerelleno/vargas.pdf>>; 19.05.2009).
- Vevia Romero, Fernando Carlos (1991): *Teatro y Revolución mexicana*. Guadalajara, Jal.: Universidad de Guadalajara.